

María Stoopen Galán (coord.), *Sujeto y relato. Antología de textos teóricos*, Facultad de Filosofía y Letras, Dirección General de Asuntos del Personal Académico, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2009, 460 pp.

CÉSAR A. NÚÑEZ
UAM-Iztapalapa

En uno de los casos presentados en el libro *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero* (título encantador, que permite fantasear con algo así como un thriller de Hitchcock basado en un análisis de Freud: *El hombre que sabía demasiado*, *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, etc.), Oliver Sacks cuenta la historia del señor William Thomson –el nombre del paciente, claro, está modificado–, un hombre que padece una variedad del síndrome de Korsakov, a veces llamada “psicosis de Korsakov”. William Thomson no puede recordar sino unos cuantos segundos y, por eso, está continuamente desorientado. Para salvar la incertidumbre identitaria producida por esa falta de memoria, Thomson fabula constantemente identidades –propias y ajenas– y construye así un mundo en el cual reconocerse y con el que poder interactuar. El problema es la inestabilidad de esas identidades, siempre cambiantes, siempre en conflicto: no sólo incrementa la necesidad de crear ficciones explicativas (todas terminan confrontándose con una realidad que no abarcan de manera efectiva), sino que pone en escena la contradicción mutua en la que caen. Son ficciones incoherentes entre sí, autónomas; no logran estructurar un “fresco” organizado, digamos, de su propia vida y de lo que lo rodea. “Este frenesí –dice Oliver Sacks– puede producir potencialidades de invención y de fantasía sumamente brillantes (un auténtico genio confabulatorio) pues el paciente *debe literalmente hacerse a sí mismo (y construir su mundo) a cada instante*”¹. Lo cual permite al mismo Sacks señalar algo que nos interesa especialmente: “Nosotros tenemos, todos y cada uno, una historia biográfica, una narración interna, cuya continuidad, cuyo sentido, *es nuestra vida*. Podría decirse que cada uno de nosotros edifica y vive una ‘narración’ y que esta narración *es nosotros, nuestra identidad*”².

Vale decir, lo que Oliver Sacks propone –no tan implícitamente– es que lo que solemos llamar psicosis corresponde a un tipo de narración (“frenética”) que yuxtapone alternativas contradictorias pero coexistentes. La neurosis, por el contrario, narraría una

¹ *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, trad. de José Manuel Álvarez Flórez, Anagrama, Barcelona, 2002, p. 148 (subr. del autor).

² *Loc. cit.* (subr. del autor).

historia en la que la ilación causal, la unidad de acción y la caracterización de las personas no alteran la sucesión temporal. Y esto, desde luego, puede ser reinterpretado. Si, interesados en los aspectos narrativos más que en los psiquiátricos quisiéramos observar el mismo fenómeno a la luz de los procedimientos de construcción de esa narración que somos, podríamos ver la clasificación de la psicosis y la neurosis como una diferencia estilística.

Lo cual, en verdad, no resulta extraño. La reflexión literaria sobre los procesos de construcción del relato no se mostraría sorprendida ante este posible cambio de acento en aquello que determina y da forma a una identidad. En términos biográficos, en términos biológicos, el relato es algo que depende y que emana del individuo. Pero en términos simbólicos, aquello que constituye al individuo como persona está inscrito en el discurso y es el relato el que sirve de soporte para la definición del sujeto.

Sea como sea, lo que Oliver Sacks pone de manifiesto es el vínculo íntimo, aunque no por eso menos problemático, entre sujeto y relato. El de Sacks es sólo uno de los modos posibles de mostrar ese nexo. Otro, desde luego, consiste en editar este libro. Verdaderamente hay que celebrar la idea de hacerlo que tuvo el grupo de investigación coordinado por María Stoopen Galán. Puesto que no es difícil comprender la importancia y la utilidad del volumen. Se trata de una antología de textos teóricos que reúne veintitrés trabajos fundamentales a la hora de considerar cualquier tratamiento de estos temas. El hallazgo radica no sólo en la atinada selección de textos aquí recopilados, sino en la elección misma del hilo conductor de la antología. El tema (*los temas, en verdad*) tiene la relevancia propia de aquellas cuestiones que nos interpelan especialmente; y a la vez, debido a esa misma importancia, ha sido analizado en algunas de las obras más importantes de la teoría literaria del siglo veinte. Así, al mismo tiempo que se resuelve el problema de la unidad de la antología (problema al que toda recopilación debe enfrentarse), el libro se convierte, subrepticamente, en un verdadero compendio teórico, un muestrario de las producciones más importantes de la disciplina. Y, así también, quedan en él bien representadas las distintas escuelas teóricas que marcaron el siglo pasado: estructuralismo, hermenéutica, teoría de la recepción, semiótica, desconstrucción, feminismo, o la –siempre reacia a la clasificación– perspectiva bajtiniana son algunos de los enfoques que pueden aquí encontrarse.

Por lo tanto, es posible seguir en sus páginas no sólo los diversos modos en que la relación entre sujeto y relato ha sido estudiada, sino también las mismas perspectivas teóricas y metodológicas que han permitido ese estudio. Vale decir, a la vez que antología sobre las nociones de sujeto y relato, es una antología de la teoría de la literatura. De hecho, la mejor prueba consiste en la inclusión de verdaderos clásicos –es evidente que el siglo veinte ha constituido ya un canon del discurso teórico sobre la literatura: “La muerte del autor” de Roland Barthes, “El narrador” de Walter Benjamin, “¿Qué es un autor?” de Michel Foucault, entre tantos otros, son trabajos que no podrían faltar en una antología de teoría literaria a secas. Precisamente, allí radica el acierto de este volumen, en encontrar un hilo conductor que permite hilvanar una serie de escritos que son, en muchos aspectos, parteaguas de la reflexión sobre la literatura. El libro, entonces, es dos libros: una antología de teoría literaria y una reflexión sobre el nexo entre sujeto y relato.

En verdad es mucho más que eso, es un libro con el que desea contar todo alumno, pues le permite acceder a textos que le abren un panorama teórico preciso a partir de la consideración de un tema insoslayable. Es también el libro con el que desea contar todo profesor, pues logra espigar, en la obra de los autores seleccionados, artículos o escritos de relativa autonomía, ejemplares de un determinado enfoque teórico –no exento, claro, de una perspectiva crítica–, que pueden ser utilizados en un curso que busque tratar un tema monográfico o brindar un panorama. Cualquiera que se haya enfrentado a la dificultad de la tarea –armar una selección representativa y autosuficiente para un curso, por ejemplo– podrá comprender perfectamente el éxito aquí conseguido.

Lector doble, entonces, el de este libro: el interesado en la relación entre sujeto y relato y el interesado en la teoría literaria. O triple, pues sujeto y relato son vistos desde el doble acento que admiten. Es quizás la tradición estructuralista la que más ha incidido en la disolución del sujeto, subrayando la autonomía del discurso.

Si los primeros enfoques formalistas demostraron el carácter textual de la figura del narrador (recuérdese el análisis de Boris Eichenbaum sobre *El capote* de Nikolai Gogol), la crítica estructuralista fue desarrollando un progresivo ataque sobre el sujeto, poniendo en tela de juicio la figura misma del autor. “La muerte del autor”, anunciada por Barthes, representa quizás el ápice de esta postura. Los embates contra la categoría tienen continuidad en el impactante trabajo de Michel Foucault, “¿Qué es un autor?”, en el que

muestra a la crítica literaria cómo esa figura, aparentemente un soporte biológico fuera de la discusión literaria, en verdad se deriva del modo en que la tradición cristiana autenticó o rechazó los textos de los que disponía; es decir del concepto de autor que usaba San Jerónimo en el siglo IV.

Esta autonomía del discurso, que tiene a menudo sus raíces en la lingüística de Émile Benveniste, sin embargo, vuelve necesariamente sobre el problema del sujeto, mostrando ese nexo íntimo que los vincula. Ambos tienen una historia común en la modernidad. De ambos, con cierta frecuencia, se ha anunciado su muerte. Es Walter Benjamin, quizás, quien de modo más marcado los ha enhebrado en una común muerte anunciada, quien ha diagnosticado el final de la experiencia y, con ella, de la figura tradicional del narrador; final que obedece a las transformaciones del mundo moderno y, en especial, a la catástrofe de la I Guerra Mundial. Años después, el filósofo Giorgio Agamben, retomando el ensayo de Benjamin, mostrará cómo, en realidad, la destrucción de la experiencia no necesita de catástrofes y basta la vulgaridad de la vida cotidiana moderna para reconocer su causa.

En fin, es un lector múltiple el que el libro reclama, pues sólo he señalado los carriles más evidentes. Es múltiple el lector como es plural el sujeto que lo enuncia. No me refiero sólo a la pluralidad de voces teóricas que se recopilan –aunque también me refiero a ellas: hoy día el modo más inteligente de hacer un tratado teórico es sin duda evitar la voz única, la voz totalizante y falsamente segura de sí misma. Me refiero también al carácter colectivo de la antología, hecha por muchos colaboradores. Cristina Múgica Rodríguez, Francisco Barrón Tovar, Héctor Luis Grada Martínez, Héctor Gabriel Maya Salgado, María Antonia González Valerio, Greta Rivara Kamaji, Soad Lozano Peters, Francesca Alessandra Ferreira Angiolillo, Marina Fe Pastor y la coordinadora, María Stopen Galán, son los responsables de las notas introductorias que preceden cada uno de los textos. Y asimismo habría que mencionar a los miembros del equipo de investigación que colaboraron con el proyecto desde su inicio en 2006, tales como Mariflor Aguilar Rivero, Celedonio López Anzaldo, Bily López González. Los cuatro años de trabajo transcurridos desde entonces dejan huella en la ajustada selección que ha resultado, en el cuidado con el que fue hecha. Pero también en ese sutil entramado que tejen las notas de presentación recién aludidas. En ellas se revela una más de las tantas utilidades del libro. Se trata de un aspecto que no suele ser tenido en cuenta y hace la diferencia: cada texto es presentado por medio de notas que permiten

“poner en situación” el trabajo teórico recopilado. Estas notas de presentación reponen las circunstancias de escritura de los artículos, subrayan los núcleos de significación más importantes, filian métodos de trabajo, conectan y comparan con otros escritos –en especial los de la misma antología– el texto que preceden y ayudan, en fin, a cualquier lector a armar el “mapa” de situación. Una vez más, entonces, el libro se revela como mucho más que una antología. Es una reflexión teórica que, por mérito de los colaboradores, han escrito Mijaíl Bajtín, Walter Benjamin, Maurice Blanchot, Käte Hamburger, Roland Barthes, Michel Foucault, Gérard Genette, Jean Starobinski, Paul de Man, Hans-Georg Gadamer, Wolfgang Iser, Hans Robert Jauss, Umberto Eco, Didier Anzieu, Jacques Derrida, Peter Brooks, Paul Ricoeur, Gilles Deleuze, Judith Butler, Homi K. Bhabha, Jonathan Culler y Dorrit Cohn –vale decir, algo así como la crema y nata del pensamiento teórico del siglo veinte.

Lo mejor de la teoría literaria, pues, discutiendo los que probablemente sean los problemas más interesantes que ha propuesto la reflexión del siglo veinte. Porque es cierto, como se dijo, que es posible seguir, en los distintos textos recopilados aquí, la lenta disolución de la categoría de sujeto como certeza. Pero también es cierto, no obstante, que la noción, aún horadada por las discusiones llevadas a cabo en el siglo veinte, persiste. Como Christa y Peter Bürger han mostrado en su “historia de la subjetividad”³, la incertidumbre es el rasgo más marcado en la idea moderna de sujeto. Desde Montaigne a Blanchot, el sujeto moderno vive en crisis y duda sobre su estatus a partir del soporte que le brindan el lenguaje y el discurso.

Se hace, pues, necesario continuar la discusión y la reflexión en torno a una noción que es nuestro espejo problemático. Se hace necesario en un doble sentido: pues la cuestión es fascinante y, a la vez, porque la cuestión es fundamental para nosotros mismos, sujetos también modernos.

Y por esto último es que hay subrayar, para que no quede tácito, otro interés que tiene esta antología. He señalado hasta aquí su calidad y su importancia. Por muchos motivos es un aporte fundamental a la discusión. Si por sus características es casi obvia, más visible, la utilidad que tiene el libro para la gente que trabaja en el ámbito universitario, no creo que deba soslayarse el modo marcado en el que el tema interpela a cualquier persona.

³ Christa Bürger y Peter Bürger, *La desaparición del sujeto. Una historia de la subjetividad de Montaigne a Blanchot*, trad. de Agustín González Ruiz, Akal, Madrid, 2001.

Es un libro estimulante para cualquier lector que esté interesado en cuestiones tan nucleares como las aquí tratadas y, en resumen, para cualquier lector interesado en la literatura. Más aún, puede decirse que es un libro fascinante para lectores provenientes de otras disciplinas. Incluso, acaso, para psiquiatras y psicólogos.

Al fin y al cabo, la literatura se parece mucho a William Thomson. Una máquina discursiva que tienta narraciones con las cuales dar cuenta de alguna explicación, siempre velada, siempre contradictoria, sobre el sentido que adquiere la presencia del sujeto en lo real. Como William Thomson, la literatura produce frenéticamente versiones posibles, contradictorias entre sí pero simultáneas, igualmente viables. Y si esta máquina discursiva nos interpela es porque no sólo hay en nosotros mismos un afán fabulatorio, sino porque también pone en escena los procedimientos de invención con los que trabaja nuestra propia identidad.

Somos nosotros mismos, en fin, los que nos pensamos al pensar nuestra compleja relación con el acto humano de narrar, al pensar cómo se inscribe nuestra subjetividad en una práctica social que nos excede, nos abarca y, probablemente, nos construye: sujetos del relato, sujetos al relato. Es difícil imaginar esa reflexión sobre la identidad sin tener en cuenta estos problemas. Y por eso hay que agradecer a las personas que publicaron este libro, que nos permite seguir pensándonos.